

investigaciones, sobre la otra cara de la Independencia, a pesar de surgir desde la historiografía oficial y oficiosa del Bicentenario en el Ecuador. La recopilación demuestra que la secesión fue un proceso en el que participó toda la sociedad quiteña —entiéndase del actual territorio del Ecuador—. Enfrentadas por dos principios fundamentales: la «libertad» y la «fidelidad». El principio trascendente de la fidelidad, el ideal de unidad y de Patria amparados por el principio superior de la Monarquía Hispánica, se constela y surge incontenible por detonantes individuales o sociales. La misma historiografía oficial ha sabido ocultar el otro bicentenario de los sucesos acaecidos en la América Española de principios del siglo XIX, y con todos los tintes de fanatismo y subjetividad posible no había dado ni siquiera el reconocimiento que los propios «próceres libertarios» dieron a sus recios contendores los realistas, los «godos».

Testimonia el libro las palabras del realista indomable José Camacho: «Agradezco al Señor Defensor; mas exceptuando lo de ladrón, que nunca lo he sido, todo lo demás es cierto, y aun digo que se ha omitido mucho de lo poco que he hecho por mi Rey». Sentenciado a muerte por su fidelidad «¡Viva el Rey!» fueron las últimas palabras de *Púñug* Camacho, mestizo guarandéño del estado llano, antes de ser fusilado por orden de un tribunal sumario en nombre de la libertad, los derechos del hombre y la independencia a costa de todo lo demás.

FRANCISCO M. NÚÑEZ-PROAÑO

**URIBE, Diana, *Historia de las Independencias contada por Diana Uribe*, Editorial Norma, Bogotá, 2009.**

Con gran parafernalia fue lanzada en Colombia, el pasado mes de diciembre la obra de Diana Uribe que reseño. El «libro», o mejor, la cartilla, viene acompañado por 6 discos compactos con la voz de la autora, quien desde hace años colabora en la principal emisora del grupo Prisa en Colombia —que desde luego sirve como plataforma de difusión de la izquierda (aberrosexual)— con un programa semanal de

radio, en el cual pretende presentar los temas históricos de una manera más comprensible para la audiencia. Este trabajo sucede a otro de título igualmente pretencioso, *Historia de las Civilizaciones contada por Diana Uribe* (Editorial Norma, Bogotá, 2008), publicada un año antes, y también en diciembre, para aprovechar la temporada navideña, lejana de las fechas de conmemoración de los bicentenarios.

Ambas obras están presentadas en un formato poco usual, empleando una mezcla de colores —llamativa pero desagradable— y una diagramación inspiradas en el *pop art*, combinadas en una especie de libreta sobredimensionada (especialmente en lo vertical), que se explica por el tratamiento que la autora da a la historia, convirtiéndola en una sucesión de eventos cronológicos, detallados por años, sin ninguna ilación aparente entre sí. Sin embargo, los interminables discos compactos contienen los comentarios correspondientes, hechos, además, con la presunta autoridad de una filósofa graduada y ex catedrática de uno de los principales centros de difusión del neo-constitucionalismo y otras «tendencias» postmodernas en Colombia: la Universidad de los Andes.

Pasando a la obra que nos ocupa, lo primero que hay que anotar es la recurrencia de la historiografía marxista —sucesora de la rousseauniana— comenzando por una relación cronológica de acontecimientos considerados relevantes, por fecha, y luego dividiendo los temas históricos en «Conquista y Colonia», para pasar posteriormente a las «Independencias».

En la parte inicial, resulta curioso —para emplear un eufemismo— que, por ejemplo, se cite el año de 1613 como el de fundación de la primera universidad Jesuítica en América. La autora, colombiana (neogranadina) pasa por alto la fundación de varias importantes instituciones sitas en Santafé de Bogotá: en 1580, la Universidad de Santo Tomás por los Dominicos (Tomística a partir de 1638), ó la fundación del Colegio de San Bartolomé y la Universidad Javeriana por la misma Compañía de Jesús, en 1605 y 1621 respectivamente. Tampoco le merece mención la fundación del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en 1653, del cual egresaron muchos de los principales artífices de las juntas de gobierno proclamadas en el Nuevo Reino de Granada.

Si lo que pretende la autora es proporcionar una visión de conjunto, y abundante en antecedentes, de aquellos hechos relevantes para todos los territorios afectados por «las independencias», yerra al omitir aspectos tan fundamentales para la historia de su propia patria, siguiendo —no sabemos si con intención o no— la política (masónica) de desconocer aspectos de la historia indispensables para comprenderla adecuadamente.

Con respecto a «Conquista y Colonia», es evidente el sesgo —intencionado o no— con el cual se procura colocar, bajo un mismo período histórico, los primeros y accidentados años de contacto entre España y los pueblos aborígenes americanos, y el período que siguió, especialmente tras la Controversia de Valladolid con la instauración de las instituciones hispánicas (la obra de Jean DUMONT, *El Amanecer de los Derechos del Hombre*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1997, es un buen estudio al respecto). El empleo del término «colonia» es repetido mecánicamente por los promotores de la «Leyenda Negra» para equiparar la labor civilizadora hispánica con el despiadado coloniaje practicado por los países del norte de Europa —y el «Imperio Anglo-norteamericano» en otras latitudes, y en los territorios usurpados al Imperio Español. Aquí aparece como un lugar común y hasta predecible, dentro de la literatura que el régimen ha hecho circular para re-educar a las masas en las mentiras sobre el desgarramiento de la hispanidad (y la cristiandad).

También en este ítem resalta la descripción sucinta del episodio conocido como «Revolución de los Comuneros», que nunca tuvo pretensiones secesionistas, y del cual derivó el movimiento de cuatros liderado por el tratante de esclavos José Antonio Galán, posteriormente ajusticiado y desmembrado (imitando la brutalidad de las penas aplicadas por los Borbones franceses unas décadas antes). La historia oficial del régimen —liberal hasta el tuétano— ha dedicado grandes esfuerzos a mostrar el episodio de los comuneros (1781-82) como un antecedente inmediato de la independencia, cuando en realidad se trató de un incidente aislado dentro del tranquilo devenir cotidiano de los reinos de ultramar, particularmente del Nuevo Reino de Granada.

Obviamente, no podía faltar la referencia a la revolución independentista norteamericana, tratada en capítulo inmediatamente anterior

al de los Comuneros, y que, nuevamente, es presentada como antecedente de la independencia de Hispanoamérica, junto con la revolución francesa —que sí influyó ideológicamente en muchos autores de la independencia definitiva—, descrita inmediatamente después.

Pero al abordar la participación de quienes perpetraron esa independencia definitiva (Bolívar, O'Higgins, San Martín, Santander), se les presenta como héroes que el Imperio consideraba criminales, acompañado con ilustraciones sugestivas que combinan el título «Se Busca» con el retrato del prócer. En contextos como el colombiano, este tratamiento de la historia sería, en el mejor de los casos, un mensaje subliminal acerca de la insurgencia que mantiene la lucha armada para supuestamente conseguir reivindicaciones sociales; no hay que hilar muy fino para encontrar la intención —al menos de los editores— de plantear que quienes eran considerados criminales o subversivos por el régimen hispánico, pasaron a la «gloria» cuando obtuvieron la victoria militar, y el poder político.

Para finalizar, la autora considera en capítulo aparte la participación del clero en la independencia, y su postura, como era de esperarse, ubica a los personajes descritos como una especie de «prototeólogos de la liberación», identificados con las reivindicaciones sociales (indígenas). Bajo ninguna circunstancia se menciona la postura oficial del Papado rechazando las revoluciones independentistas por masónicas, ni se le atribuye la debida importancia a la resistencia que la mayoría de indígenas sostuvo frente a los abusos de los recién creados gobiernos.

En resumen, la *Historia de las Independencias* que nos ocupa pretende ser un aterrizaje del tema para los profanos (*Dummies*, o mejor, carne de cañón), lo cual consigue con su superficialidad; en nada, o casi nada, se aparta de los formatos impuestos por los defensores del régimen post-independentista, recurriendo a los mismos lugares comunes, a veces en forma más sofisticada, a veces con más vulgaridad. Cumple el cometido de adoctrinar al incauto, y mantiene cierta profundidad para atajar la curiosidad de las minorías. Aunque no se ha abordado el contenido de los 6 discos compactos, el texto deja la misma impresión que los celebrados programas radiales de la autora: la defensa del error —condenado por la Iglesia— consistente en separar la filosofía, y la fi-

lososofía de la historia, de la teología, para reducir la historia a un puñado de acontecimientos, interpretados en las tinieblas del ateísmo, y no a la luz de la Verdad.

Su precio de comercialización —afortunadamente— lo hace inasequible para la mayoría de hispanoamericanos, imposibilitados de gastar los 25 Euros que aproximadamente cuesta. A este respecto, la autora tampoco aborda el tema de la postración económica en la que nos encontramos precisamente a partir de la independencia por las exacciones perpetradas, principalmente por Inglaterra, para cobrar la financiación de la guerra a España (el tema ha sido tratado por dos autores: Eduardo LEMAITRE, *La Bolsa o la Vida*, Ediciones Banco de Colombia, Bogotá 1974; Arturo ABELLA, *Don Dinero en la Independencia*, Editorial Lerner, Bogotá, 1966). Pero —infortunadamente— ese precio, y la facilidad de copiar los discos compactos ha hecho abundar las copias piratas, por lo que el veneno circula a precios más cómodos para las masas que tengan la paciencia de oír a la autora.

JUAN DAVID GÓMEZ

**SÁENZ QUESADA, María, *Las deudas pendientes del Bicentenario, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.***

En el contexto del Bicentenario de la Revolución de Mayo, es interesante el desafío que se impone la historiadora argentina en su última obra: trazar el recorrido de las revoluciones independentistas hispanoamericanas desde la perspectiva del presente, pero sin caer en la trampa en la que ha caído la mayor parte de la reflexión historiográfica frente al acontecimiento, que ha consistido en un puro ejercicio político e ideológico de especulación sobre el hoy, olvidando la descripción del ayer.

Sáenz Quesada intenta en este libro, bien escrito y de amena lectura, narrar de manera abarcativa el proceso por el cual el Imperio Español en América se disgregó en el lapso de unos pocos años, dando lugar al nacimiento de un conjunto de naciones soberanas que tuvieron